



a través de las misiones, que la simple presencia del misionero es el signo más concreto de que Dios no se olvida de sus hijos (cf. Is 49,14ss). En algún momento pensé que mi anhelo de ser misionero en el África, o en tierras lejanas, era un sueño infantil de los santos de la edad media. Fue por eso que puse mi cabeza y mi corazón en ser sacerdote de la diócesis de Bs. As. Y decidí dejar atrás aquél sueño. Pero no fue mucho el tiempo que duró esa determinación. Ya en el primer año del seminario, me enteré que había un cura de nuestra diócesis que desde hacía más de quince años era misionero en África. Fue entonces que, junto a mi director espiritual, mis superiores y, posteriormente, mis obispos, fui rezando la posibilidad de que hubiese en Dios un deseo de que fuera yo también misionero fuera de mi país.

Durante este camino, Dios me fue regalando ciertos hitos que confirmaron este llamado. El más grande fue una experiencia de un mes junto a las Misioneras de la Caridad, en Kaligath, la "casa del moribundo", en la India. Esta experiencia dinamitó y me obligó a volver a edificar mi fe. Experimenté con dolor y alegría lo que San Pablo dice: "Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia" (Rm 5,20). La fuerza del pecado, del abandono, del egoísmo, se hacen presente de una manera tan radical que verdaderamente hiere el corazón. Ver gente muriendo por el abandono de los demás hace estremecer las entrañas. Pero, por otro lado, la entrega de tantas personas que abandonan sus casas, seguridades y familias por ayudar a los demás es un baño refrescante de esperanza que edifica el alma. La India me hizo darme cuenta de que hay una necesidad real del amor de Dios. El consuelo que trae

al alma el saber que Dios nos ama y entregó su vida por nosotros lo vi en un hombre que lloraba por mi partida. "En mi país me estaban dejando morir y vos viniste del otro lado del mundo para ayudarme", me dijo. No le había hablado de Dios, no le prediqué el Evangelio, no le conté quién era Jesús. Sólo lo bañé, curé, lo hice reír y estuve con él un mes. Nuevamente la presencia del misionero se había vuelto un anuncio de algo mucho más grande y más fuerte que el misionero mismo. Finalmente, después de muchísimos años de rezarlo y pedirlo, pude ir como sacerdote al África. Me fui a Angola, donde estaba aquél sacerdote del que me habían hablado al comienzo del seminario. Al ir dos veranos seguidos, pude conocer la otra parte de la misión, el anuncio explícito del Evangelio: compartir la misa, la catequesis, dar a conocer quién es Jesús y qué es la Iglesia, ayudar a formar comunidades que se mantengan unidas en la oración y en el amor mutuo. También conocí las dificultades de la misión: la ausencia de caminos y recursos, los vehículos rotos, las lluvias, los tiempos largos para cada cosa, las limitaciones del lenguaje, condiciones precarias de vida y tantas cosas más. Pero experimenté, también, la sed que hay de conocer a Jesús: personas mayores que caminan hora y media en medio del mato africano para poder acceder a la eucaristía, gente que no tiene acceso a la vida de Jesús por no saber leer, comunidades que durante los años de guerra se aferraron a su fe, personas a las que Jesús les cambió radicalmente la vida, tan sólo por al conocerlos.

Después de trece años de camino, en febrero parto para África, al menos por dos años. Cuando la gente me pregunta qué voy a hacer, tal vez esperan como respuesta cosas maravillosas, actividades grandilocuentes: fundar un hospital, trabajar en una escuela para enseñar a leer y escribir, hacer caminos, construir una parroquia, etc. Sin embargo, yo creo que como Pedro, la respuesta es sencilla. Voy a dar a la gente lo que tengo y creo que más consuelo puede dar: ni más ni menos que a Jesucristo, "el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí" (Gal 2,20).

Pbro. Patricio Etchepareborda

MISAS

+Lunes a viernes: 8, 9.30, 13 Y 19 hs.

+Sábados: 9.30 Y 18.30 hs.

+Domingos: 8.30, 11, 12, 19 (misa para las familias) y 20 hs (misa para jóvenes)

CONFESIONES

+Lunes a viernes: 8.30 a 12.45/18.30 a 20

+Sábados a la tarde y Domingos: durante las misas

SECRETARIA PARROQUIAL

+Lunes a viernes: 8.30 a 13 y 16.30 a 20.30

ADORACION EUCARISTICA

+Miércoles de 13.30 a 19 y de 19.30 a 24

Visita nuestra página web

www.basilicadelsocorro.org.ar

Juncal 876 - 4393 142/4079

info@basilicadelsocorro.org.ar



BASÍLICA
Nuestra Señora
del Socorro

**REVISTA DEL
SOCORRO**

Buenos Aires

Noviembre 2017

N° 322

info@basilicadelsocorro.org.ar

AGENDA

/6. 19.30 hs

Recital de piano.

Alumnos de la Universidad Católica Argentina.

Obras de Haydn, Schubert, Ravel, Mozart, Liszt.

/11. 10 a 17.30 hs

Jornada espiritual

"Queremos ser misioneros misericordiosos".

Predica P. Gustavo Boquin. Mayor info e inscripción en la Secretaría Pquial.

/13. 19 hs

Misa de Sanación.

Imposición de manos. Bendición con el Smo.

/22. 10 hs. "Fátima y la Iglesia en Rusia. Charla a cargo del P. Mario Beverati.

/29. 20.45 a 22.30 hs

"Reencontrándonos".

6° Encuentro para matrimonios.

Inscripción en Secretaría.

/1.12 - 20.45 hs

Encuentro de encargados de edificio

Mes de María, mes del Sí

Mes vocacional

Querida Hermana, Querido Hermano: el mes de noviembre es el mes dedicado en la Iglesia a la Virgen María, la madre de Jesús. Este mes culmina con la gran fiesta del 8 de diciembre, cuando celebramos su Inmaculada Concepción, María preservada de la mancha del pecado desde el momento en que fue concebida en el seno de Santa Ana. Porque María es ejemplo de vocación y misión, durante este mes nuestra Arquidiócesis celebra el mes vocacional.

Vocación significa llamado, por lo tanto alguien que convoca; ese es Dios que nos ha llamado a la vida y con ese don nos llama a identificarnos con el Amor. Este es el llamado común para todas las personas. Sólo el Amor da plenitud a nuestra vida, la realiza, la lleva a su madurez, nos hace crecer hasta la estatura correspondiente. Por eso Jesús dirá: "Ámense como yo los he amado", ya que en ese salir para donarse, buscar la comunión con el Otro y los otros, encontramos nuestra felicidad. Todos tenemos esta vocación común, ser desde el Amor, por el Amor y para el Amor. Dios nos ha creado y nos anima para vivir esta vocación, que se realiza de diversas maneras. En este número de la revista encontrarás distintos testimonios de cómo se realiza este llamado. También para que vos puedas reflexionar sobre tu vocación y cómo estás concretando ese llamado de Dios en su Hijo. Recemos por las vocaciones en nuestras familias, en nuestra Parroquia, que cada uno pueda descubrir y vivir el designio de Dios; allí radica la verdadera alegría, la felicidad.

Te encomiendo al Señor de los milagros y que la Virgen del Socorro te cuide.

P Gustavo L. Boquin
Párroco

Jesús vio a un hombre llamado Mateo, que estaba sentado a la mesa de recaudación de impuestos, y le dijo: "Sígueme". Él se levantó y lo siguió (Mt 9, 9)».

Jesús sigue pasando por nuestros barrios, mira y convoca a hombres y mujeres, sabe tocar el corazón e invita a la obra de la salvación: «...porque Él quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1Tm 2,4). Él sigue esperando, especialmente de los jóvenes, un eco audaz, alegre y entusiasta a su llamado: que sean capaces de dejarlo todo por amor a su Iglesia y a la misión que Él nos confía.

Compartimos los testimonios de algunos hombres y mujeres que "dejando todo lo siguieron a Jesús"

"Me quería sacerdote y yo me dejé guiar"



Hay un grupo de preguntas que son muy simples de contestar. Otras, no tanto. "¿Cómo surgió su vocación sacerdotal?", es de esas que invitan a hacer una reflexión profunda.

Siempre digo que yo no elegí ser sacerdote. Fue Dios el que me eligió a mí. No sé qué motivaciones tuvo. Lo único cierto es que fue conduciendo mi vida para mostrarme que su voluntad no era que me dedicara a la Abogacía (como eran mis planes originales), ni que fundara una familia. Él me quería sacerdote, y yo me dejé guiar. No siempre fui (ni soy) tan dócil como parecieran estas palabras. Se trató de una "negociación difícil". Dios tenía un plan... Yo tenía el mío... Ambos parecían legítimos, rectos y buenos... Pero con el paso del tiempo me di cuenta que uno era mejor que otro. El suyo era desafiante, atractivo, difícil, y de entrega para los demás. El mío era más simple, cómodo, satisfactorio, pero solo mío. Ahí se libró la lucha... Fueron años de discernimiento... Años de preguntas que suben al Cielo y respuestas que no se escuchan, y de voces de Dios que se van manifestando y omisiones de mi parte. Así se fue entretejiendo la vocación Sacerdotal. Ingresé al Pontificio Seminario Mayor de la Diócesis de Valparaíso, en Chile, el año 2004. Después de casi 10 años de formación, fui ordenado sacerdote el 26 de octubre de 2013. El Seminario fue una maravillosa experiencia. Junto a otros jóvenes fuimos descubriendo que Dios nos quería sacerdotes para servir al Pueblo de Dios. En medio del mismo llamamiento fuimos forjando lazos que nos hacían mirar el futuro con optimismo. Allí nacieron las grandes amistades que conservo hasta el día de hoy.

Al tiempo llegó el trabajo "en terreno", donde se juega la vida... Serví pastoralmente como Vicario Parroquial

en una ciudad de 50.000 habitantes llamada La Calera. Aquella comunidad se destacaba por tener un fuerte carisma social. Habían fundado un Jardín de Infantes para niños de escasos recursos, un Geriátrico para Ancianos abandonados, y un Comedor de Indigentes (algo así como el Hogar Albisetti) que daba alimentos a más de 80 personas todos los días.

En medio de esa realidad empecé a caminar como sacerdote. Aprendí mucho, y queda mucho por aprender... Hoy he iniciado un nuevo desafío en estas tierras argentinas. Me han enviado a estudiar la Licenciatura en Derecho Canónico en la UCA.

Asumo este nuevo encargo pastoral recordando el lema sacerdotal que escogí para el día de mi Ordenación Sacerdotal: "Doy gracias a Cristo Jesús, que me revistió de fortaleza y me confió ese ministerio" (1Tim 1,12).

Es un texto de una carta del Apóstol san Pablo que interpreta lo que viví aquel día y lo que quiero seguir viviendo a lo largo de toda mi vida sacerdotal. Los sacerdotes, por esencia, tenemos que ser agradecidos. Agradecidos con Dios, con nuestras familias y amigos, con los feligreses y con tantos hermanos que nos acompañan día tras día en el ejercicio de nuestra misión. Sabemos que no somos nosotros los que llevamos adelante esta tarea. Es Dios quien nos reviste de fortaleza, nos cubre con su poder y nos anima en el seguimiento. Pero también requerimos el apoyo y cariño de nuestras comunidades, particularmente manifestada en la oración. El mayor acto de caridad que pueden hacer por los sacerdotes es la oración. Por eso los animo a que acompañen a sus sacerdotes orando por ellos, para que el Señor los anime en la esperanza y los confirme en la fe.

Pbro. Diego González Vera
Sacerdote huésped de la Basílica del Socorro

"Supe que había encontrado al "amado de mi alma"

De niña siempre me atrajeron las Hermanas, pero nunca creí que la vida religiosa podría ser una vocación para mí, siempre pensé que el llamado era para otro tipo de personas y no para alguien "común y corriente" como yo. Fue en la universidad, que creció en mí un deseo intenso y una búsqueda interior de "algo más", de eso que no se compra ni se logra por los propios méritos. Cuando escuché la frase de San Agustín "nos has hecho Señor para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti", me di cuenta que Dios era ese "algo más" que faltaba en mi vida. Fue un momento de gracia aquel en que empecé a vivir mi Fe de otra manera, ya no como algo cultural o impuesto, sino por amor, en respuesta al Amor de Jesús que había penetrado hasta lo más profundo de mí ser. Empecé a conocer más y más al Cristo vivo en la Eucaristía, en la Adoración, en Su Palabra. Descubrí que Él es "el camino, la verdad, y la vida". Un gran amor, una profunda alegría, la libertad y la paz interior que superan todo entendimiento, fueron la semilla de mi vocación que fue creciendo y fortaleciéndose a través de la oración en una relación más íntima con Jesús. En el silencio de mi corazón empecé a escuchar esa suave voz que me invitaba y llamaba a pertenecerle completamente a Él. Cuando comprendí el sentido del misterio de Dios en mi vida, todas mis experiencias, todo lo vivido cobraron un nuevo sentido -Dios me había creado y me estaba llamando, preparando y moldeando para una vida de entrega total al AMOR. Amor que superaba y era más grande que cualquier miedo, inquietud o sacrificio que pudiera presentarse. El día que llegué a Mendham, New Jersey y conocí a las Hermanas de la Caridad Cristiana y su carisma, supe que había encontrado al "amado de mi alma". Al conocer la espiritualidad de la Beata Madre Paulina y su amor a la Santa Eucaristía, todo dentro de mí resonaba, especialmente cuando leí sus palabras: "El amor al Santísimo Sacramento es mi vida, mi felicidad, a Él le debo la gracia de mi vocación". Nunca me imaginé la aventura a la que Dios me estaba invitando, cuando acepté su precioso tesoro: el regalo de mi vocación, por el cual le estoy eternamente agradecida. "¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando su nombre. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo."

Hermana Sophia Marie Peralta SCC
Colegio Mallinckrodt



"En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y camina"

"No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y camina" (Hch 3,6). Esta frase, dicha por Pedro a un paralítico que pedía limosna en la entrada del templo "La Hermosa", podría sintetizar perfectamente una búsqueda personal que comenzó hace muchos años, cuando todavía era un pequeño del secundario. Ya de chico, Dios había sembrado en mi corazón la inquietud por la vocación sacerdotal. Lo tuve bastante claro durante toda la secundaria. En este camino de discernimiento sentía un llamado muy grande a misionar. Quería anunciar el Evangelio. Sin embargo, era demasiado chico. Cuando llegué a cuarto año, se abrió en mi colegio (Colegio Champagnat) un grupo misionero. Junto con otros catorce compañeros, nos fuimos al Chaco a misionar con los Wichis. Fue una experiencia lindísima. No hablaban nuestro idioma, íbamos con traductor, no eran muchas las casas para visitar y, además, la cultura era muy cerrada. Sin embargo, recuerdo la alegría de los niños al encontrarse con nosotros, al jugar en los recreos con los misioneros, compartir los momentos de oración, e incluso acompañarnos a las casas para que no nos perdiéramos en medio del impenetrable. Como misión no fue gran cosa, pero para mí fue tocar el cielo con las manos. Desde ese momento siguió mi discernimiento sobre la vocación sacerdotal de manera más firme. De lo que no era consciente, es que con esa misión también se abría un discernimiento paralelo que llevaría muchos más años, el de una vocación a la misión "ad Gentes" (a todos los pueblos).

Gracias a tantas misiones (en el Chaco, gran Bs. As, Entre Ríos, Jujuy, Mendoza, etc.) fui experimentando la alegría de compartir "lo que tengo": "ni oro ni plata", sólo a Jesús. Ninguno de los grupos a los que pertenecí habían puesto el foco en lo material. Obviamente nos preocupaban situaciones que veíamos, pero nuestro foco siempre estuvo en anunciar a Jesús. Recuerdo a una anciana, muy pero muy mayor, en un rancho de adobe con techo de paja, en medio de un terreno inmenso donde recientemente habían cosechado algodón. Ella no tenía nada y yo tampoco. Pero compartiendo un mate con yuyos y café, pudimos experimentar la alegría de sabernos amados y acompañados por un Dios que es Padre. Son muchos los ejemplos que tengo en que Dios me fue mostrando